

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La lucha popular en los Estados Unidos de los '60 y la Ofensiva del Tet.

Bruno, Diego.

Cita:

Bruno, Diego (2009). *La lucha popular en los Estados Unidos de los '60 y la Ofensiva del Tet. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/526>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La lucha popular en los Estados Unidos de los '60 y la Ofensiva del Tet

Diego Bruno (UBA)

A fines de enero de 1968, el comandante de las fuerzas norteamericanas en Vietnam, general William Westmoreland, informaba que el enemigo “sólo había experimentado fracasos”. El presidente Lyndon Johnson repetía, una vez más, que el éxito en la guerra de Vietnam estaba asegurado y que el desenlace tendría lugar ese mismo año. Pero cuando unos pocos días más tarde los revolucionarios vietnamitas lanzaron la Ofensiva del Tet, todo cambió de golpe.

La televisión transmitía, en horario central, las imágenes de los aviones norteamericanos destruyendo poblados indefensos, los asesinatos, las bombas de napalm. No se trataba solamente de un episodio militar: la guerra imperialista abrió una crisis de proporciones en el corazón de la metrópoli. “En unas pocas semanas, la Ofensiva del Tet acabó con todas las imágenes heroicas de la generación de la Segunda Guerra Mundial. En 1968 los norteamericanos volvieron a la realidad: la guerra era un infierno. Tet mató a John Wayne”¹. Pero la crisis abierta en 1968 fue preparada por un amplio período previo de movilización popular contra la guerra y un régimen político racista de republicanos y demócratas.

Las movilizaciones de los años previos habían sido protagonizadas por dos sectores: el movimiento negro en su lucha por los derechos civiles y el movimiento estudiantil. En la segunda mitad de la década, la lucha antibélica le dio un poderoso impulso a ambos y preparó el terreno para la crisis política de 1968. A partir de la contraofensiva del Tet, los norteamericanos comprenderían que los “años dorados” de la posguerra se habían acabado, aunque esto no quiere decir que, antes de Tet, todo lo que brillaba fuera oro.

Caracterización de una etapa.

La guerra de Vietnam formaba parte de un contexto internacional de posguerra caracterizado por la consolidación de Estados Unidos como la principal potencia imperialista.

¹ Terry H. Anderson, “1968: The End and the Beginning in the United States and Western Europe”, en *South Central Review*, vols. 16-17, 1999.

Se ha convertido en un lugar común hacer referencia a un período “dorado” de tres decenios para el capitalismo mundial en la posguerra –historiadores como Eric Hobsbawm han contribuido a favorecer dicha interpretación–. No obstante, la idea de “Treinta años gloriosos” para definir al período 1945-1975 esconde, por un lado, que los primeros diez años de esa treintena estuvieron marcados por un marasmo económico descomunal en Europa y una enorme inestabilidad en todo el planeta, que incluyó revoluciones triunfantes y traicionadas en varios países; por el otro, que la última década se caracterizó por una crisis fenomenal.

De conjunto, el período de la posguerra no se distinguió por la estabilización del capitalismo sino por una profunda inestabilidad política tanto en las metrópolis como en las colonias. En cualquier caso, los “treinta años” quedarían reducidos a una década, y ni siquiera tan gloriosa, desde el momento en que en 1959 la revolución cubana trastocó el “orden” latinoamericano, a solo pocas millas de Florida.

Los primeros seis años de la década de 1960, de todos modos, fueron una etapa de crecimiento económico sostenido que enmarcó el intento de los Estados Unidos de lanzar una política ofensiva a nivel internacional. La sucesión de varias revoluciones derrotadas (como en Congo, Brasil, la República Dominicana, Indonesia y Grecia); y la situación de reflujo de la propia clase obrera norteamericana (causa y consecuencia de dicha política agresiva) pretendía, a su vez, profundizar el sometimiento obrero en la metrópoli.

Hay que partir de esta situación de reflujo para comprender los años de “boom” económico y no hacer al revés, como la pléthora de “teóricos” y políticos de toda laya que han argumentado sobre el “aburguesamiento” de los obreros de los países capitalistas y han creído encontrar en ello la base de un “nuevo capitalismo”.

Si en Europa este reflujo obrero se vinculaba a las derrotas de las situaciones revolucionarias obtenidas por el imperialismo gracias al apoyo de la burocracia estalinista y sus partidos comunistas², en los Estados Unidos hay que hallar sus causas en la incapacidad del ascenso obrero de 1944-1946 para romper con la política de la burocracia sindical, el estalinismo americano y el Partido Demócrata. La fusión de la CIO (central obrera creada por la militancia combativa del movimiento obrero en la década de 1930), con la podrida burocracia sindical de la AFL, en 1955, puso como broche el sometimiento de la clase obrera a la política del Partido Demócrata y sentó las

² Ver extractos de *Política Obrera* número 31 (1968), en *Prensa Obrera* 1029

bases para un período prolongado de retroceso político de la clase obrera norteamericana, enmarcado además en el clima chauvinista y macartista de la época.

Esa política traidora de la burocracia de la AFL-CIO generó una importante pérdida de prestigio e influencia de los sindicatos sobre el activismo juvenil y popular. Si en la década de 1930 y en 1944-46 el movimiento obrero podía ubicarse a la cabeza de la movilización popular, estudiantil, antibélica y de las minorías segregadas, en la década de 1960 el reflujo obrero y la política capituladora de la burocracia sindical hicieron que los movimientos populares se desarrollaran con relativa independencia de la clase obrera organizada.

Se trata de un fenómeno de consecuencias políticas muy importantes.

El movimiento negro.

La población negra era la principal minoría de la sociedad estadounidense de posguerra: 22 millones de personas que conformaban el 11 por ciento de la población total y el 20 por ciento de la población trabajadora. En el país del “sueño americano”, los negros vivían algo más parecido a una pesadilla. Pobreza, brutalidad policial, segregacionismo, desempleo, trabajos mal pagos, malas escuelas, peores hospitales y condiciones de vida: los trabajadores negros eran el sostén del boom económico y no recibían en contrapartida más que injusticia, desigualdad y racismo. Antes de la segunda guerra mundial, la mayoría de la población negra aún vivía en zonas rurales de los estados del Sur. Durante la guerra, millones de negros se integraron a la clase obrera en los estados del norte.

Las luchas de la población negra en los Estados Unidos tienen una valiosa historia de varios siglos –incluyendo la propia abolición de la esclavitud– que no fue un regalo gracioso de la burguesía norteamericana sino el resultado de una guerra civil, que sólo pudo ganar Lincoln gracias al apoyo de los soldados negros en el ejército de la Unión.

En la posguerra, el llamado “movimiento por los derechos civiles” cobró impulso a partir del boicot a los autobuses realizado en 1955 en la ciudad de Montgomery, Alabama, luego que Rose Parks se negase a cederle el asiento a un blanco, tal como estipulaba la normativa racista de ese estado. Tuvieron que pasar algunos años, todavía, para que comenzara a producirse una ruptura con el liderazgo moderado de la NAACP, (National Association for the Advancement of Colored People), que proponía vías de lucha estrictamente jurídicas y se había sumado a la caza de brujas macartista de la época. A partir de finales de la década de 1950, el movimiento negro empezó a

abandonar las medidas puramente legales que hasta entonces habían predominado, sin lograr ningún objetivo, y a desarrollar acciones de lucha de masas.

En 1960, se sucedieron las “ocupaciones” en comedores universitarios, luego de que varios jóvenes negros fueran expulsados de uno de estos en Greensboro, Carolina del Norte, por utilizar un espacio que estaba reservado a los blancos. Aumentaron así medidas de lucha como boicots, freedom rides (viajes en autobús para desafiar las leyes segregacionistas) y tomas de edificios, que casi siempre terminaban con desalojos, represión y detenidos.

El inicio de la guerra de Vietnam potenció al movimiento por los derechos civiles. Como había sucedido durante la guerra mundial, los negros debían soportar las cargas más pesadas de la aventura bélica imperialista. No sólo eran proporcionalmente más los negros que eran reclutados al ejército, sino que una vez allí eran asignados a las tareas más riesgosas y morían en gran número. En la metrópoli, eran los que más sufrían los aumentos de precios y los recortes en los programas sociales generados por la guerra.

A partir de la segunda mitad de la década de 1960, y como consecuencia de los cambios demográficos ya mencionados, la rebelión de los trabajadores negros se trasladó del Sur rural a los ghettos urbanos de las grandes ciudades industriales del Norte, donde los negros estaban cerca de conformar la mitad de la población trabajadora total. Entre el 12 y el 23 de julio de 1966 se sucedieron varios motines racistas en contra del movimiento negro en lucha en Chicago, Nueva York, Baltimore y otras ciudades principales... en Cleveland la represión dejó un saldo de 4 muertos y 50 heridos. A fines del mes de septiembre el centro de los hechos se traslada a San Francisco, donde se recurre a 3600 soldados de la guardia nacional para “mantener el orden”. La crisis se profundiza, “Sólo en la primera mitad de 1967, nueve ciudades conocieron grandes rebeliones: Nashville, Jackson, Houston, Cincinnati, Dayton, Boston, Tampa, Atlanta y Buffalo. Los jóvenes son la punta de lanza y los principales protagonistas de estas revueltas en los ghettos (...) son los que más sufren el desempleo, el reclutamiento y las peores escuelas, y los que tienen un futuro más sombrío”³.

La guerra, además, agudizó las contradicciones políticas al interior del movimiento por los derechos civiles, entre las tendencias más tradicionales y conservadoras, que se oponían a las medidas de acción directa, y las nuevas camadas de militantes. La NAACP, que había sido fundada en 1909, comenzó a perder influencia frente a

³ *International Socialist Review*, enero-febrero de 1968.

organizaciones más combativas como la SNCC (Student Nonviolent Coordinating Committee) y la CORE (Congress of Racial Equality). En una posición intermedia se ubicaban el principal líder popular del movimiento, Martin Luther King y su SCLC (Southern Christian Leadership Conference).

Hacia 1968 la radicalización era tal que el líder pacifista negro y su SCLC anunciaron un plan para movilizar a cientos de miles de pobres blancos y negros en dirección a Washington para que la pobreza, cada vez mayor, en lugar de ocultarse se exhibiese abiertamente y salga en televisión. El reverendo Ralph Abernathy, número dos del movimiento, dijo: “Vamos a ir allí para hablar con LBJ (Lyndon Johnson), y si LBJ no hace algo al respecto con lo que vamos a decirle, vamos a derribarle y conseguiremos que otro si lo haga”.⁴

Por otro lado, la lucha de los movimientos de liberación en las colonias, como la de Argelia y Cuba, que se convirtieron en un símbolo de resistencia al orden mundial establecido, ayudó a establecer una conexión entre los negros norteamericanos oprimidos que trataban de liberarse del gobierno de los blancos y los musulmanes africanos oprimidos que trataban de hacerlo de los europeos. Ésta es la cuestión en torno a la que giraba el movimiento Musulmanes Negros dirigido por Malcolm X, quien fuera asesinado en 1965 al parecer por los mismo Musulmanes Negros, aunque nunca pudo probarse.

Martin Luther King también identificó el movimiento de los derechos civiles con la lucha en las colonias. En 1955 dijo acerca del boicot de Montgomery: “Forma parte de un movimiento de alcance mundial. Contemplad cualquier lugar en el mundo y veréis a la gente explotada levantarse en contra de sus explotadores. Ésa parece ser la característica más relevante de nuestra generación”.⁵

Mientras la crisis política del gobierno de LBJ se iba agudizando, producto de los costes económicos y reveses militares que EE.UU sufría en Vietnam, el movimiento de masas giraba hacia la izquierda en sus posicionamientos políticos. La nueva izquierda californiana había formado un partido político, el Partido de la Paz y la Libertad, que reunió cien mil firmas para poder presentarse a elecciones. Comienzan a tener protagonismo también grupos más radicalizados como las Panteras Negras que si bien

⁴ Mark Kurlansky, *1968: El año que conmocionó al mundo*, Ed. Imago Mundi, Barcelona, 2004, p. 146.

⁵ Idem, p. 155

abogaban por la violencia e instaban a los negros a armarse para la revolución que se avecinaba, habían establecido una coalición con el Partido de la Paz y la libertad para presentarse a elecciones. A decir verdad, los Panteras Negras causaban temor en la mayoría de la izquierda blanca. Mientras la nueva izquierda blanca se nutría de la acomodada clase media, y la mayoría de los negros pro derechos civiles como Bob Moses y Martin Luther King gozaban de una buena educación, los Panteras Negras procedían en su mayor parte de los barrios bajos, con frecuencia con antecedentes penales. Vestidos de negro con boinas negras y posando para las fotos armados, su intención era atemorizar. Podrían haber contado con muy pocos simpatizantes de no haber sido porque en 1968 la política represiva del estado comenzó a intensificarse, en especial en el Chicago del alcalde Richard Daley y la California del gobernador Ronald Reagan donde se estaba dispuesto a utilizar una violencia extrema contra manifestantes desarmados. No bien asumido, además de recortar el presupuesto estatal para la asistencia médica y la educación, Reagan llevo adelante una política de acoso brutal a los manifestantes. Tal es así que tras aun ataque a manifestantes contra la guerra en Oakland el 16 de octubre de 1967, tan brutal que se le dio a llamar “martes sangriento”, elogió al Departamento de policía de Oakland por su “excepcional capacidad y grandes dotes profesionales”. De ahora en más los jóvenes blancos y privilegiados empezaban a ser tratados por la policía de la misma forma en que los negros lo eran desde hacía mucho.⁶

Sin embargo la conflictividad social, el movimiento antibelicista y la violencia racial no cesaban. Al anochecer del 4 de abril, descansando en un hotel luego de participar en Memphis del apoyo a una huelga de basureros, Martin Luther King era asesinado de un tiro en el lado derecho de su cara por un hombre blanco llamado James Eral Ray. Al difundirse la noticia la violencia estalló en ciento veinte ciudades norteamericanas. Hubo saqueos e incendios y para reestablecer el orden una vez mas intervenía la guardia nacional, que en ciudades como Chicago tenían la orden incluso de “tirar a matar”. En los barrios negros hubo pérdidas por millones de dólares y fueron muchos los muertos a manos de las fuerzas represivas. Cinco días después, el presidente Lyndon Johnson declaró un día de luto nacional por la pérdida del líder de los derechos civiles. Una muchedumbre de 300.000 personas asistió a su funeral ese mismo día. El vice presidente Hubert Humphrey asistió en nombre de Lyndon Johnson, que estaba en una

⁶ Idem, pp. 156-157

reunión sobre la guerra de Vietnam en Camp Davis.⁷ La ausencia no fue casual, el ambiente estaba caldeado y se temía que Johnson pudiese ser agredido por los seguidores de King y se produjesen reclamos contrarios a la guerra.

El movimiento estudiantil y la lucha contra la guerra.

La movilización de los sectores estudiantiles había comenzado a manifestarse a fines de la década de 1950, en solidaridad con las revoluciones coloniales y las luchas por los derechos civiles. La guerra de Vietnam le dio a este movimiento un impulso extraordinario, y sumó a nuevos contingentes juveniles a la acción política contra el imperialismo. Muchos de esos jóvenes habían votado en 1964 por Lyndon Johnson para evitar una victoria del candidato republicano Goldwater, quien era un decidido impulsor de la guerra. Ahora, la juventud se encontraba con que “su” candidato, era el alentador de una aventura bélica que se profundizaba.

La agitación contra la guerra comenzó en los campus universitarios. En marzo de 1965 se realizó el primer “Teach-in”, una medida de protesta que consistía en quedarse en la universidad durante la noche, en asamblea, discutiendo sobre la situación política y escuchando intervenciones de estudiantes y docentes, en contra de la guerra. Isaac Deutscher, el famoso biógrafo de Trotsky, participó en algunos de ellos e intervino ante más de 1.000 estudiantes –Norman Mailer, Charles Tilly, Hal Draper, Paul Auster y muchos otros participaron en los eventos–. El más importante de los teach-ins tuvo lugar en la universidad de California, en Berkeley, en mayo de ese año, y contó con la presencia de 36.000 personas durante 36 horas. Pero el movimiento no se limitó a los claustros universitarios: ganó la calle. La lucha de los estudiantes en los campus universitarios se transformó enseguida en una lucha política antigubernamental en contra de la guerra. Uno de los rasgos fundamentales del movimiento eran las gigantescas manifestaciones callejeras de masas: “por primera vez en la historia de los EE.UU., una oposición masiva y visible se expandió y se intensificó durante las primeras etapas de una guerra imperialista”⁸. El puntapié inicial lo dio la marcha convocada por Students for a Democratic Society, una organización estudiantil de corte socialdemócrata, que se realizó en abril de 1965 sobre la ciudad de Washington. Se produjo como respuesta a la decisión del presidente Johnson, que acababa de asumir el

⁷ http://es.wikipedia.org/wiki/Asesinato_de_Martin_Luther_King,_Jr.

⁸ ISR, op.cit.

cargo, de lanzar una ofensiva sobre Vietnam a pesar de haber hecho campaña como el candidato de los moderados frente a los “halcones” republicanos. Toda una generación juvenil ingresaba a la lucha política y salía a las calles, rompiendo con viejos prejuicios: “Por Dios”, dijo un estudiante en la manifestación, “¡entonces todo lo que me habían contado era mentira!”⁹.

En los años siguientes, se realizaron nuevas manifestaciones de masas, habitualmente una en primavera (abril) y otra en otoño (octubre). En estas protestas jóvenes en edad militar, en un acto de desobediencia civil, quemaban públicamente sus cartillas de reclutamiento. La impopularidad del sistema de reclutamiento se debía también a que los jóvenes de clase media y alta eludían fácilmente ir a Vietnam. Allí eran enviados mayoritariamente los pobres y los miembros de las minorías raciales. Los afroamericanos representaban el 11% de la población total, en cambio suponían el 31% de las tropas destacadas en Vietnam. Por otra parte, nadie quería ir a morir en una guerra que parecía absurda, a miles de kilómetros en las selvas de un país desconocido, por motivos tan abstractos como “la defensa de la libertad”¹⁰. Si bien esta conducta era penada con prisión, la magnitud que iba adquiriendo el movimiento hizo que muy pocos realmente vieran las rejas. La posibilidad cada vez más concreta de evitar el reclutamiento fue uno de los principales motivos que minaron la moral del soldado norteamericano.

Mientras tanto las marchas fueron creciendo en número y desembocaron en las manifestaciones del 15 de abril de 1967, las más grandes de la historia de los Estados Unidos, que se desarrollaron simultáneamente en San Francisco y en Nueva York. En octubre del mismo año, se produjo el llamado “cerco al Pentágono”, una movilización popular que rodeó el centro militar del imperialismo norteamericano. Este hecho inédito en la historia marcó un salto político del movimiento, al apuntar directamente al centro militar del imperialismo, y fue la antesala de las luchas que recorrerían el mundo el año siguiente. Así es relatado por Maurice Isserman en “The Flower in the Gun Barrel”:

La protesta del Pentágono fue vista entonces, y siguió siendo vista de ese modo después, como una divisoria de aguas en la historia del movimiento antibélico. Hasta ese momento, con pocas excepciones, las protestas antibélicas habían sido acontecimientos sobrios: mayormente

⁹ Ronald Fraser, *1968: A Student Generation in Revolt* (New York: Pantheon Books, 1988)

¹⁰ <http://uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/ribera6.pdf>

marchas ordenadas, piquetes y vigalias. Pero los organizadores de la protesta del 21 de octubre la habían anticipado como el momento en el cual el movimiento pasaría “del disenso a la resistencia”. (...)

La protesta fue organizada por el National Mobilization Committee to End the War in Vietnam, encabezado por el veterano pacifista David Dellinger. El verano anterior, Dellinger había sumado al activista estudiantil Jerry Rubin, de Berkeley, como el principal organizador de la ya planificada marcha prevista para ese otoño. Fue idea de Rubin abandonar el plan original, que consistía en una marcha sobre el Capitolio, y reemplazarla por una marcha que cruzara el Puente Arlington Memorial y se dirigiera al Pentágono. (...)

Rubin se inspiró en un artículo de Allen Ginsberg titulado “Los días de Vietnam en Berkeley”, publicado en la revista pacifista “Liberation”. Allí Ginsberg llamaba a los movimientos antibélicos a adoptar una “política mágica” de protesta teatral y espectáculo. Rubin y su compañero Abbie Hoffman se dispusieron a montar un espectáculo de ese tipo en Washington. Se corrió la voz entre las comunidades hippies de que el evento tendría tanto de festival contracultural como de protesta tradicional. Habría bandas de rock, muñecos gigantes e incluso un intento de hacer levitar al Pentágono y sacudir a sus demonios. En “Los Ejércitos de la Noche”, una narración de la protesta del Pentágono que ganó el Premio Pulitzer, Norman Mailer describió extensamente el excéntrico aspecto de los manifestantes, sugiriendo que “estaban cerca de mezclarse desde todas las intersecciones entre la historia y los libros de historietas, entre la leyenda y la televisión, los arquetipos bíblicos y las películas.”(...)

Las cosas no salieron como habían sido planeadas (una frase hecha que puede servir como introducción a virtualmente cualquier protesta de los 60s) . Se suponía que la desobediencia se iba a limitar a un cruce ordenado de la línea policial por parte de aquellos dispuestos a aceptar ser arrestados. El resto de los manifestantes debían contenerse y mantenerse a distancia suficiente como para hacerse escuchar en (o hacer levitar a) el Pentágono. Nadie esperaba que, con miles de soldados y cientos de oficiales protegiendo el perímetro, los manifestantes serían capaces de encontrar un punto débil en el cerco policial, un sector desprotegido de un terraplén que desembocaba en las escalinatas mismas del Pentágono. Una vanguardia de aproximadamente una docena de manifestantes logró de hecho entrar al edificio antes de ser salvajemente reprimidos. Mientras tanto, unos 5.000 manifestantes se abalanzaron sobre el terraplén hasta que una línea policial pudo restablecerse.

Recuerdo que hubo una angustiante sensación de incertidumbre en esos primeros minutos sobre el terraplén. Ya había corrido sangre en las escalinatas del Pentágono. Nadie sabía como iban a reaccionar las tropas que salían del edificio ante nuestra presencia, o si sus armas estaban cargadas. Hubo algunos empujones y algunos proyectiles se lanzaron sobre las tropas desde la multitud. Pero un joven manifestante encontró la manera de aliviar la tensión. Bernie Boston, fotógrafo del Washington Star, tomó una fotografía de ese joven cuando colocaba

claveles en el cañón del rifle de un soldado. Los editores de Boston aparentemente no le dieron mucha importancia a la foto, que salió en la página 12 del periódico del día siguiente. Más tarde se convertiría una de las imágenes icónicas de los sesenta”¹¹.

Dos años más tarde otras 200 mil personas repetirían la demostración. Para entonces el carácter cada vez más antipopular de la guerra hacía estragos en el régimen político norteamericano y hasta la conservadora página editorial del *Wall Street Journal* decía: “El esfuerzo de Vietnam bien puede ser condenado al fracaso”.

La ofensiva del Tet.

La noche del 30 al 31 de enero de 1968, en un país en guerra, se celebraba el *Tết Nguyen Dan*, la festividad del Año Nuevo Lunar. Esa misma noche 85 mil guerrilleros lanzaron un ataque masivo contra posiciones norteamericanas y del ejército títere de Vietnam del Sur¹². La guerrilla del Frente de Liberación Nacional (FLN) de Vietnam, o Viet Minh (llamado Vietcong por los norteamericanos), atacó masiva y simultáneamente 36 de las 44 capitales provinciales, cinco de las seis ciudades autónomas y 64 de las 242 capitales de distrito de Vietnam del Sur. Además de las principales unidades militares, el edificio de la Junta de Jefes, el cuartel general del ejército vietnamita del sur y varias embajadas. Cerca del paralelo 17, frontera en los “dos” Vietnam, tropas regulares de Vietnam del Norte también tomaron parte en los ataques. Se luchó en los jardines del palacio presidencial y un comando ocupó la embajada norteamericana en Saigón, la capital de Vietnam del Sur. Un grupo de 19 guerrilleros sostuvo su posición durante más de seis horas, luchado en “territorio norteamericano”.

El optimismo oficial norteamericano de los primeros años, basado en su superioridad tecnológica militar, había ido desvaneciéndose ante una guerra irregular en la que el conocimiento del terreno y el apoyo de la población resultaban factores decisivos. Si el general Maxwell Taylor había enunciado eufórico un planteamiento vencedor basado en

¹¹ Maurice Isserman, “The Flower in the Gun Barrel”, *The Chronicle Review*, Volume 54, Issue 8

¹² Luego de la guerra de Indochina entre los vietnamitas y el imperialismo francés, al finalizar la segunda guerra mundial, los acuerdos de Ginebra, en 1954, habían establecido la división del país. Vietnam del Norte, que quedó bajo la dirección del Partido Comunista y Vietnam del Sur, una suerte de protectorado del imperialismo.

“las tres M” (Men, Money, Material; hombres, dinero, material de guerra) la realidad lo había desmentido¹³.

A comienzos de 1968, los Estados Unidos tenían desplegados en Vietnam casi 500 mil soldados de sus mejores divisiones, incluidas cuatro unidades de elite, respaldados por tropas especiales de Australia, Tailandia y Corea del Sur. Los sur vietnamitas disponían de unos 350 mil efectivos con recursos infinitamente más precarios. Todo el poderío norteamericano, poco antes del Tet, demolía gradualmente a las fuerzas de Vietnam del Norte. El presidente Lyndon Johnson recorría el país con un mensaje triunfal: la victoria era inevitable. El mando norteamericano, sin embargo, recibió informes e indicios abundantes de la ofensiva guerrillera que estimó como un último acto de desesperación. Según sus cálculos la guerrilla estaba debilitada y agotada, y solo sería cuestión de tiempo su derrota final. Pero la magnitud de la ofensiva lo tomó de sorpresa. La guerrilla no logró tomar el poder y sufrió enormes bajas, de un tercio de sus efectivos, sin embargo fue una victoria política y propagandística decisiva. Logró cambiar la percepción en el mundo sobre la marcha de la guerra de Vietnam: Estados Unidos la estaba perdiendo.

El impacto sobre la opinión pública norteamericana fue enorme. Las imágenes de la televisión, que poco antes había comenzado las transmisiones en vivo, sacudieron a los norteamericanos. El comentarista más popular de la TV –Walter Cronkite– transmitiendo desde las calles de Saigón, la capital de Vietnam del Sur, y ante millones de televidentes liquidó la “historia oficial”: “¿Qué diablos está pasando? Creí que estábamos ganando la guerra”. Semanas después el presidente Lyndon Johnson renunció a postularse a su reelección –que poco antes parecía asegurada– la burguesía más poderosa del mundo se dividía respecto al asunto y la desmoralización del país respecto de la guerra se volvió ruinosa¹⁴. En los Estados Unidos se hizo definitiva la idea de que salir de Vietnam sólo era cuestión de tiempo. El movimiento antiguerra que venía preparando el terreno con importantes movilizaciones tomaría entonces proporciones inmensas.

La masacre.

¹³ <http://uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/ribera6.pdf>

¹⁴ Mark Kurlansky, *op. cit*

Después de una batalla de dos meses, y de sufrir casi 45 mil bajas, la ofensiva fue rechazada. El FLN quedó en la práctica fuera de combate por mucho tiempo. El heroico pueblo de Vietnam había pagado su victoria política con una sangría bestial en una ofensiva casi suicida. La desproporción de recursos era abismal. Y no era casualidad: el Che, liquidado en la sierra boliviana apenas semanas antes de la ofensiva del Tet, había denunciado la retaceada ayuda a los vietnamitas por parte de los estados “socialistas”. La consigna “dos, tres, muchos Vietnam...” era no sólo un grito de guerra contra el imperialismo sino la impugnación del colaboracionismo implícito de los burócratas del Kremlin. La inmolación del pueblo vietnamita hay que cargarla entonces en la cuenta de los crímenes de la burocracia soviética y también de la china, que no respaldaron la resistencia y la guerra contra la mayor potencia bélica de la historia humana sino con cuentagotas y como parte de la línea general estalinista de “coexistencia pacífica” con el imperialismo.

Queda la incógnita aún de las premisas sobre las cuales fue lanzada una ofensiva que no podía dar cuenta del imponente aparato militar de la mayor potencia bélica de la historia. La versión apologética rinde culto a la visión política “genial” de la dirección nor vietnamita, capaz de prever el giro que el sacrificio de las tropas propias podía dar a la situación norteamericana. En el otro extremo los historiadores especulan con la ventaja calculada por el estalinismo de acabar con la guerrilla más autónoma de Vietnam del Sur. La historiografía sobre la ofensiva del Tet adolece de falta de fuentes: los archivos permanecen aún cerrados o sin investigar. De lo que no queda duda es del impresionante efecto multiplicador que tuvo la heroica resistencia en la lucha de la juventud y de los explotados del mundo entero, tan explosiva en las más diversas latitudes ese mismo año que debutó con el “Tet”.

La crisis política: una crisis sistémica

A pesar del reflujo del movimiento obrero y de la política agresiva del imperialismo norteamericano, detrás de la fachada del capitalismo próspero y exitoso, se había estado incubando una movilización popular en contra del régimen imperialista. Se trataba de un movimiento políticamente heterogéneo, escasamente organizado y con contradicciones políticas no resueltas. Pero más allá de sus limitaciones, implicaba una intervención de las masas en la situación política del principal país imperialista del planeta. Cuando a principios de 1968 la ofensiva militar de los vietnamitas se combinó con la movilización antibélica al interior de los Estados Unidos, se abrió una crisis del

régimen político de grandes proporciones. “Johnson estaba técnicamente en lo cierto cuando tres semanas después de la ofensiva anunció una gran victoria militar sobre los comunistas. Pero ya no tenía suficiente credibilidad para convencer a los estadounidenses de este hecho”¹⁵.

La opinión pública se volcaba definitivamente en contra de la guerra. A ello contribuía enormemente la difusión de fotos, artículos periodísticos y reportajes televisivos que daban cuenta de atrocidades cometidas por sus propias tropas o las de sus aliados. La foto de una niña vietnamita de nueve años, que corre desnuda con el cuerpo en llamas mientras huye de un bombardeo con napalm, estremeció a la opinión pública. O la ejecución sumaria de un guerrillero recién capturado, en plena calle y con toda frialdad, por el jefe de la policía de Saigón, filmada y transmitida por la televisión norteamericana. Asimismo la matanza de los pobladores de la aldea Mi Lay, en su mayoría ancianos, mujeres y niños, que protagonizó una unidad de infantes de marina, cubierta por corresponsales de guerra occidentales y ampliamente documentada. Las autoridades militares de Estados Unidos insistían en que se trataba de actos aislados, que los responsables fueron juzgados y condenados. De nada servía. Los periodistas iban tras la noticia y, obviamente, no lo era si una patrulla operaba sin incidentes y siguiendo las normas. Se trataba de la primera guerra televisada en directo y el alto mando no había medido el impacto de las noticias de Vietnam sobre su retaguardia. Los esfuerzos oficiales por ocultar las bajas propias o los abusos que ocasionalmente cometían sus tropas estaban condenados al fracaso. Un periodista lo resumió con ironía: “El objetivo del presidente Johnson, al parecer, era: cómo hacer la guerra sin que el *New York Times* lo notase”¹⁶.

La mala marcha de la guerra y la difusión de sus atrocidades no solo acentuaban la debacle del gobierno de Johnson, quien ya resignaba la posibilidad de ir a una reelección, sino que sepultaba definitivamente la imagen de los EE.UU. como una potencia anticolonialista y pacifista. Es decir, se caía aquella idea del “nuevo siglo norteamericano” que pergeñaron los estrategas del departamento de Estado en la posguerra, y que consistía en mostrarse al mundo como una potencia que no basaba ya su dominio en la conquista territorial sino en la hegemonía de su economía y del dólar como patrón de cambio del nuevo orden mundial. Ni una cosa ni la otra. Más que nunca

15 Anderson, *op.cit.*

16 <http://uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/ribera6.pdf>

ahora los EE.UU. aparecían ante los ojos del mundo y de gran parte de su población como una fuerza imperialista y agresiva, y su economía (y la economía mundial cuya locomotora efectivamente eran) entraba en una nueva depresión estructural.

Para marzo de 1968 la guerra le estaba costando a Estados Unidos unos 30 mil millones de dólares anuales. El déficit en la balanza de pagos llegaba a 3.600 millones. La guerra estaba siendo financiada con las reservas de oro, para entonces sólo a la mitad de su record de después de la segunda guerra mundial de 24.600 millones de dólares. El valor del dólar se fijaba según el oro, y los especuladores que contemplaban esas cifras concluyeron que Estados Unidos no sería capaz de mantener el precio del oro, fijado en 35 dólares la onza. Estados Unidos no tendrían pues en teoría suficientes reservas como para vender a 35 dólares a todos los compradores, lo cual obligaría a subir el precio del oro. Aquellos que estuvieran en posesión de oro sacarían enormes beneficios. Lo mismo ocurrió con la libra esterlina en 1967 cuando los británicos devaluaron su moneda. Los especuladores en oro se pusieron a comprar con tal frenesí que provocaron un pánico que la prensa tildaría de “la mayor fiebre del oro de la historia”. Más de doscientas toneladas de oro con un valor de 220 millones de dólares cambiaron de manos en el mercado londinense del oro, estableciendo un nuevo récord en una sola jornada. Los economistas del mundo entero predecían un desastre. “Nos hallamos en el primer acto de una depresión mundial”, diría el economista británico John Vaizey.¹⁷

Si bien el gasto norteamericano en la guerra era un factor de desestabilización de la economía global este era parte, como bien señalaba Vaizey, de una crisis más de conjunto que comenzaba a manifestarse. La aventura bélica en Vietnam no se limitaba al objetivo geopolítico de evitar que un país relativamente pequeño y muy atrasado se sustraiga del “mundo libre”, occidental y capitalista, y que peor aún, esto sirviera de ejemplo para que otros pueblos oprimidos por el imperialismo siguiesen el camino de la guerra revolucionaria¹⁸. La guerra de Vietnam en una primera instancia había servido como válvula de escape de la economía Norteamérica ya que ésta implicaba la reactivación de un conjunto de industrias afines en un contexto en que la economía del llamado “Estado de bienestar” comenzaba a estancarse.

¹⁷ Mark Kurlansky, *op cit.*

¹⁸ Leo Huberman y Paul Sweezy, *Vietnam: el camino del desastre*, en Pablo Pozzi-Fabio Nigra (comp.), *Huellas Imperiales*, edit. Imago Mundi, 2003, Buenos Aires, p. 312.

Es decir, la crisis no era solo del gobierno de Johnson sino que lo que se va a manifestar con toda su crudeza en el año 1968, no solo en EE.UU sino en todo mundo, es el fracaso o el derrumbe del orden financiero y monetario internacional establecido en los acuerdos de Breton Woods en julio de 1944. La idea de mantener un orden monetario estable fundado en el dólar y el patrón oro-divisa que evite la historia económica de la primera parte del siglo, marcada por devaluaciones competitivas, desvalorizaciones y luchas comerciales, comenzaba a hacer agua por todos lados. Hacia finales de los sesenta las políticas fiscales expansivas habían dejado de ser algo transitorio, como había imaginado en su momento Lord Keynes, para transformarse en un déficit fiscal permanente. Esta política había llevado al Estado a un endeudamiento sin precedentes. Por otro lado a la clase capitalista se le hacían cada vez más pesadas las cargas del llamado “Estado de bienestar”, el costo de inversión era cada vez mayor y por lo tanto las ganancias eran cada vez menores. Así mismo la inflación creciente minaba el poder adquisitivo de los trabajadores.

Después de algunos años de crecimiento sostenido, los “años gloriosos” que no fueron tan gloriosos, el capitalismo volvía a mostrar su peor cara: volvía entrar cuando se creía que ya estaba afuera en una crisis de características terminales; la barbarie de la guerra y el ataque a las conquistas más elementales de los trabajadores eran la forma de darle una salida capitalista a la crisis.

Las crecientes luchas populares en la Norteamérica de los años 60s se enmarcan en este contexto de crisis sistémica y que si bien se manifestaron a través de la lucha por los derechos civiles y el movimiento contra la guerra lo que en el fondo estaba en juego era quienes (que sectores sociales) pagarían los platos rotos de esta crisis. 1968 sería el año que estallarían todas estas contradicciones. Mientras los sectores populares más diversos tomaban conciencia de sus intereses y se volcaban a la acción directa, y la ofensiva del Tet sellaba para siempre la suerte de la guerra, el régimen político norteamericano se tambalearía como nunca antes. En los años venideros la crisis económica se agudizaría, se declarararía la inconvertibilidad del dólar, estallararía la crisis del petróleo, la conflictividad social recrudecería en el mundo y finalmente EE.UU. sería derrotado en Vietnam. Pero toda esta etapa histórica siguiente no se puede entender si no es a luz de comprender la etapa abierta a finales de los años 60, como el fin de una época y el comienzo de una crisis del sistema capitalista que conmocionaría al mundo hasta nuestros días.

Diego Bruno

Bibliografía

- *South Central Review*, vols. 16-17, 1999.
- *Prensa Obrera* 1029, 2008.
- *International Socialist Review*, enero-febrero de 1968.
- Maurice Isserman, “The Flower in the Gun Barrel”, *The Chronicle Review*, Volume 54, Issue 8.
- Mark Kurlansky, *1968: El año que conmociono al mundo*, Ed. Imago Mundi, Barcelona, 2004.
- Ronald Fraser, *1968: A Student Generation in Revolt* (New York: Pantheon Books, 1988).
- Brenner, Robert; “Una crisis devastadora en ciernes”, en *Against the Current* N° 132 (Detroit, enero-febrero 2008).
- Leo Huberman y Paul Sweezy, *Vietnam: el camino del desastre*, en Pablo Pozzi-Fabio Nigra (comp.), *Huellas Imperiales*, edit. Imago Mundi, Buenos Aires, 2003.
- Rieznik, Pablo (edit), *Un mundo maravilloso, capitalismo y socialismo en la escena contemporánea*, Ed. Biblos, 2009.

- <http://uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/ribera6.pdf>
- http://es.wikipedia.org/wiki/Asesinato_de_Martin_Luther_King,_Jr.